

Rosario Weiss: el capricho de Goya

La Biblioteca Nacional de Madrid, junto al Museo Lázaro Galdiano, nos descubre en una completa exposición la figura de la artista Rosario Weiss, la **discípula, hija ilegítima según algunos del pintor aragonés**

CARLOS GARCÍA SANTA CECILIA

El escándalo trascendió al vecindario en el verano de año 1811. En casa de los Weiss, que regentaban una joyería en la calle Mayor semiesquina con la Puerta del Sol, la situación era insostenible. Isidoro Weiss, alemán oriundo de Baviera, arrastraba deudas desde hacía tiempo, y ni siquiera el matrimonio de su hijo -del mismo nombre- con Leocadia Zorrilla, de familia hidalga y que aportó una buena dote, pudo evitar la ruina. Por si esto era poco, Isidoro Weiss hijo interpuso una denuncia en septiembre de 1811, confirmada y ampliada unos meses después, en la que acusaba a

su esposa de infidelidad, mala conducta y de tener un genio «altanero y amenazador». Las habladurías sobre los amos extraconyugales alcanzaron a un viejo pintor, emparentado con Leocadia por vía de su nuera, que acababa de enviudar (Josefa Bayeu falleció en junio de 1812) y se había vuelto mucho más huraño y taciturno, aislado en su sordera, mientras daba forma a los «desastres» de la guerra. Tal vez el matrimonio volvió a unirse posteriormente, o así parece indicarlo el hecho de que dos años después, en 1814, nació una niña, Rosario, en el domicilio familiar y fue bautizada con el apellido Weiss, pero el reconocimiento de un hijo fuera del matrimonio habría supuesto la

deshonra. Lo cierto es que la pareja se separó poco después definitivamente. Isidoro Weiss se quedó con el hijo mayor y murió muchos años más tarde en la indigencia; Leocadia perdió su dote y se trasladó a casa de Goya con sus dos hijos menores, Guillermo y Rosario. **Recogida de la calle** No hay coincidencia con respecto a la fecha en la que formalizaron una convivencia que, según la mayoría de los investigadores, era también sentimental. Para Goya, Leocadia nunca fue una criada, aunque la recogió literalmente de la calle. La prueba definitiva estriba en el recelo que siempre sintió hacia ella Javier, el único hijo legítimo que sobrevivió de los ocho que tuvo el artista aragonés con Josefa. Goya compró la Quinta del Sordo, y hacia 1820 se instaló allí con su nueva familia, lejos



A IMAGEN Y SEMEJANZA
En esta página, copia de uno de los «Caprichos» de Goya ejecutado por su discípula. A la derecha, de arriba abajo, retrato del pintor aragonés; autorretrato de la propia Rosario Weiss, ejecutado en el año de la muerte del autor de las «Pinturas Negras»; y litografía de un José de Espronceda aún bachiller



Álbum de ejercicios

A comienzos del XX, José Lázaro compró a las sobrinas-nietas de Rosario Weiss varios dibujos de la artista y un álbum con copias de los *Caprichos*. En 2015, un repaso al inventario permitió identificar más de 50 dibujos de Weiss en los fondos del Lázaro Sánchez Díez. Gracias al Centro de Estudios Europa Hispánica, se presenta ahora un catálogo razonado que recoge 166 obras y 42 litos que conforman un corpus suficiente para conocer la obra de esta artista. Junto al catálogo, preparado por Sánchez Díez, llega la exposición de la Biblioteca Nacional en la que pueden contemplarse un centenar de dibujos de varias colecciones públicas y privadas. Destacan las hojas que sirvieron de ejercicio a Rosario y que planteaba Goya. Se identifican por estar dibujadas por ambas caras y conservar dos perforaciones equidistantes que indican que estuvieron cosidas y formaron el álbum Goya-Weiss. Hay, entre otros, un delicioso autorretrato que Rosario dibujó el año de la muerte del aragonés.

INGRESÓ EN LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO Y FUE MAESTRA DE DIBUJO DE ISABEL II

del centro de Madrid y sus comidillas, y comenzó a emborronar las paredes con las *Pinturas Negras* (Una mano- la, Leocadia Zorrilla, entre ellas).

Rosario era un primor de niña, el verdadero contrapunto para su interior atormentado, y además tenía muy buena mano para el dibujo. «Empezó a enseñarle el dibujo a los siete años de edad -escribe Antonio Rascón en la necrológica con motivo de la muerte de la artista, en 1843-, al mismo tiempo que aprendía a escribir; y para no fastidiarla obligándola a copiar principios con el lapicero, le hacía en cuartillas de papel figuritas, grupos y caricaturas de las cosas que más podían llamar su atención, y las imitaba ella con un gusto extraordinario valiéndose solo de la pluma».

Goya, aunque no hay documento alguno que lo sustente. El pintor falleció en abril de 1828, a los 82 años, y los Weiss quedaron de nuevo en la calle. Leandro Fernández de Moratín recordó en una carta a la angustiada Leocadia, que tuvo en sus manos un documento en el que Goya le dejaba una cantidad de dinero o bienes, pero a ella le pareció poco y lo destruyó en un ataque de cólera.

Padre y maestro

Volvieron a Madrid en 1833, y Rosario comenzó su carrera artística, primero como copista de obras del Museo del Prado y luego como retratista de las personalidades de su época. Notable litógrafa, técnica que había aprendido con Goya en Burdeos, cuando los vientos fueron liberales, y por tanto favorables, ingresó en la Academia de Bellas Artes de San Fernando y, en 1842, fue nombrada maestra de dibujo de Isabel II y de su hermana. Murió joven, a los 28 años, sin que su estilo acabara de romper con el academicismo -tal vez porque tuvo que mantener a su familia- y a pesar de las enseñanzas de Goya, que fue un padre para ella.

Dibujos de Rosario Weiss
★★★★ Biblioteca Nacional. Madrid. Paseo de Recoletos, 20-22. Comisario: Carlos Sánchez Díez. Colabora: Museo Lázaro Galdiano. <http://www.bne.es/>. Hasta el 22 de abril

Las mujeres en la vida y en la obra del genio

Entre la verdad y la leyenda, desfila la **lista de amores** que tuvo el pintor de Fuendetodos. Desde su legítima esposa a la duquesa de Alba

L. REVUELTA

Poco se sabe de la relación de Goya y las mujeres: las que tuvo, las que no tuvo, las que pintó reales como la vida misma y las que idealizó a través de sus pinceles. La leyenda de un genio de dilatada vida (82

años) que se acrecienta con lo atormentado de sus pasiones y la intensidad de una obra que, pasados los siglos y las modas, sigue siendo referente y reflejo del mundo y sus conflictos. Lo cierto es que poco (apenas una exposición en el Museo del Prado en el año 2002 y

algún ensayo disperso) se ha estudiado esta relación de Goya y las mujeres, ya sea en su lado pictórico o el más frívolo. Se sabe que tuvo dos relaciones serias, con su esposa Josefa Bayeu y con Leocadia Zorrilla Gayarza. Con la primera contrajo matrimonio a la edad de veintinueve años el 25 de julio de 1773 y convivieron hasta el fallecimiento de ella en 1812. Tuvieron ocho hijos, y solo llegó a edad adulta uno de ellos, Javier. Su heredero universal. Muerta Josefa, a quien él llama «Pepa», apareció en su vida Leocadia Zorrilla Gallarza, con quien no se casa pero

con la que convivió los últimos diecinueve años de su existencia. Ella aporta a la pareja dos hijos de su anterior relación con Isidoro Weiss: Pedro Guillermo y Rosario. Si, «la» Rosario que ahora protagoniza una exposición en la BNE. Se comenta, se rumorea que fue su hija de sangre, pero... Entonces no había pruebas de paternidad y con los datos que tenemos solo podemos fabular un poco. Un divertimento. Y en ello seguimos porque suponemos -solo suponemos, aunque nos gusta tanto la tesis que abundamos en ella y en sus morbos añadidos-

que Goya tenía una especial predilección por esta niña a quien se cree que retrató en una de sus últimas obras: *La lechera de Burdeos*, único cuadro que Rosario heredó tras su muerte. Su hijo legítimo, Javier, fue quien se llevó todo lo que en aquella casa había, excepto las ropas y los muebles. Antes de seguir con la vida «mujeriega» de Goya, hay que hacer una parada en la figura de su madre, que tras quedar viuda se fue a vivir con su hijo a la capital. La Corte no era lo suyo y regresó a su casa. La correspondencia del pintor con su amigo Zapater da fe de esta relación

materno-filial. No obstante, Goya no pintó retrato alguno de ella. Lo mismo que tampoco prodigó su arte a la hora de inmortalizar a su señora esposa, Josefa Bayeu. De Leocadia se piensa que pudiera estar retratada en alguna de las pinturas de la Quinta del Sordo.

Las majas

Si las mujeres que Goya quiso de verdad, con las que convivió toda su vida, apenas son inmortalizadas por sus pinceles, ¿por qué hemos de pensar que las que retrató fueron sus amantes? Aquí viene a colación el mítico nombre de la duque-



sa de Alba, *La maja vestida* y *La maja desnuda*. Nada hay comprobado de ese supuesto *affaire* por más que inspire películas, novelas y series de televisión. Quedémonos con lo verdaderamente cierto: el siglo XVIII supuso un cambio en la visión de las mujeres y su presencia en la vida pública. Por los pinceles de Goya pasaron desde reinas, como María Luisa de Parma, mujer de Carlos IV, a nobles y cortesanas. Damas conocidas y otras anónimas y fue con estas, quizá, cuando se sintió más libre a la hora de afinar en los detalles de su genio y figura.